

Mis recuerdos de don Agustín

MARCOS GUIMERÁ PERAZA

Conocí a don Agustín Millares Carlo en el verano del año 1952. Recomendado por su gran amigo —que también lo era mío— don Rafael Cabrera Suárez, acudía a mi despacho de la calle de Los Reyes por un motivo profesional. Alto, corpulento, elegante, con traje de alpaca y sombrero tipo Eden, impresionaba de inmediato por su bonhomía, por su simpatía arrebatadora y hasta por su prosodia, tan canaria, que los veinte años de exilio no habían podido desvanecer.

Preparaba su viaje a Madrid por vez primera, para intentar reincorporarse a su cátedra de Paleografía en la Central, a la Jefatura del Archivo Municipal de Madrid, y —supongo— para tantear también la restitución de su sillón en la Real Academia de la Historia, a la que pertenecía desde 1934, sillón n.º. 17.

No pudo ser. A su regreso a Las Palmas volvió a mi despacho y algo me informó sobre el resultado de sus gestiones. Creo recordar que me dijo que tuvo más facilidades por lo relativo a la cátedra; pero que no podía reincorporarse al Archivo “sin hacer sangre”. Desistió, pues, de su intento. Pero sí declaró que su contacto con Canarias y la Península sería, a partir de entonces, más intenso y frecuente.

Y regresó a Méjico en 1953. Para desde allí pasar, en 1959, a la Universidad del Zulia en Venezuela.

* * *

Trasladado yo a una de las notarías de mi Santa Cruz natal en 1955, un día recibí en mi nuevo despacho un recado, transmitido por el común amigo

Leopoldo de la Rosa: don Agustín se encontraba en la Biblioteca Municipal, ampliando datos para su monumental *Bibliografía*; y traía para mí un saludo especial de su prima, Paquita Sofía de la Torre Millares, esposa de don Ignacio Pérez-Galdós y Ciria, grandes amigos míos.

Allí, en el despacho de la Bibliotecaria Jefe, Maruja Alvarez de Buergo, estaba el sabio en plena faena, exultante ante la riqueza de los fondos que encerraba el Centro, especialmente para el siglo XIX; que él —decía— lamentaba no poder componer, dejándolo para nuevas generaciones.

Al transmitirme el saludo de su prima —gran voz lírico dramática, con unos graves impresionantes, discípula que había sido de su tío, don Néstor de la Torre— añadía don Agustín que ella le había dicho que yo también era un buen cantante. Me eché a reír; él sonrió cómplice; y correspondí diciéndole que sabía que, por su parte, disponía de una hermosa voz de bajo cantante y que interpretaba, con talento y gracia, el aria de “La calumnia”, de *El Barbero de Sevilla*, en latín!, por él mismo traducida, “porque —decía— como don Basilio era cura ...”.

Los cordiales pasajes de esa conversación, tan divertida, los remató don Agustín, diciéndome con la natural sorna:

—En fin, amigo Guimerá, usted y yo humildes, como las violetas.

* * *

A fines de 1960 se había jubilado don Simón Benítez Padilla, Ayudante de Obras Públicas, en su cargo de Jefe de la Oficina de Vías y Obras del Cabildo Insular de Gran Canaria. Con tal motivo, don Agustín, que se había hecho cargo como Director “a distancia” de la revista de *El Museo Canario* —al cual estaba tan vinculado don Simón—, proyectó dedicar un número homenaje, para el que recabó la colaboración de decenas de autores.

Entre los señalados estuve, según me hicieron saber sus colaboradores Antonio Vizcaya Cárpenfer y Manuel Hernández Suárez, personados en mi despacho de la calle de Teobaldo Power con tal fin. Acepté de inmediato, por mi admiración a aquellas dos grandes figuras de la investigación; y aporté una intervención del diputado a Cortes don Pedro Gordillo en las Cortes de Cádiz, sobre alumbramientos de aguas en el Sur de Gran Canaria —uno de los temas de la especialidad de Benítez Padilla—. Con tal motivo, don Agustín me escribió unas generosísimas cartas.

El acto de entrega del primero de los dos volúmenes a don Simón tuvo lugar en El Museo —presidido entonces por mi compañero Manuel Morales Ramos— el 31 de agosto de 1961. Lo ofreció don Agustín; y, entre los presentes, estábamos tres tinerfeños: Enrique Marco Dorta, el citado Antonio Vizcaya y quien esto escribe.

Precisamente, en una de aquellas mañanas de agosto del 61, recorrí yo mi barrio de Vegueta, en busca de rincones “gordillescos”. Descubrí la lápida que estaba en la trasera de la Catedral y que rezaba: “Francisco María de León”. Recalé de inmediato por el café que existía en la calle del Reloj, donde sabía que se tomaban, a media mañana, su cortado don Agustín, Enrique Marco, Manolo Hernández y Pepito Naranjo.

Consulté mi “descubrimiento” con el primero; y me informó que no creía que se tratara del historiador tinerfeño León y Xuárez de la Guardia, sino del militar y político gran canario León y Falcón. Pero tanto don Agustín como Enrique insistieron en que yo llevara adelante la biografía de aquél, cuya importante aportación a la historia de Canarias dormía, manuscrita e inédita, en la Municipal de Santa Cruz.

Animado por todos, emprendí esa labor que pude culminar al siguiente año, y que publicaría Antonio Rumeu en el Anuario de *Estudios Atlánticos*, números 8 y 9, años 1962/63. Incorporé en mi texto la biografía que compuse sobre León y Falcón, con cierta extensión; y dediqué a aquellos cuatro amigos —hoy por desgracia todos desaparecidos— el trabajo.

... concebido en la calle del Reloj, durante un alto en las tareas de cada cual en El Museo.

En el verano de 1968 tuve la suerte de coincidir con don Agustín en Las Palmas. El entonces Presidente de El Museo, Juan Díaz Rodríguez, nos obsequió en su casa con un cóctel; y luego fuimos a cenar el numeroso grupo que componíamos, con don Agustín y don Juan Díaz, don Juan Bosch Millares, don Antonio Limiñana López, don Simón Benítez, Juan Rodríguez Doreste, José Miguel Alzola, Manolo Hernández Suárez, Jaime O’Shanahan y Bravo de Laguna, Pepito Naranjo y yo.

En aquellas dos reuniones, de tan grato recuerdo, se habló, entre otros temas, de poesía catalana —de Espriu se acababa de publicar, en texto bilingüe, *La pell de brau*—; y don Agustín nos refirió cómo tuvo lugar la lectura de la tesis doctoral de Carles Riba sobre la *Nausica* de Maragall, oída y juzgada en plena alerta de bombardeo aéreo que ese día —12 de mayo de 1938— padeció Barcelona. El Tribunal lo presidía Joaquín Xirau, para quien tuvo grandes elogios don Agustín, también vocal del mismo; y con ellos, Jordi Rubió y Balaguer, ponente; Luis Nicoléu D’Oliver; y Pere Bobigues.

Recuerdo que en esa velada yo conté lo que nos había referido don Luis Pericot de la conversación con su maestro —ya en el exilio— Bosch Gimpera. Le insistía don Luis para que regresara a España; y don Pedro, probablemente con socarronería, le contestaba:

—Bien, Pericot, bien: cuando cambiemos de general ...

Don Agustín, inusualmente grave, comentó:

—Si, Guimerá, eso está muy bien. Pero por encima de todo está España.

Don Agustín era de saga notarial. Su abuelo paterno, el historiador Agustín Millares Torres, fue notario de Las Palmas hasta su renuncia en 1895; y su padre, Agustín Millares Cubas, le sucedió en su mismo despacho de la calle de La Gloria desde ese año hasta el de su muerte, en 1935.

Sobre este último escribí y publiqué en la revista de El Museo Canario un esquema biográfico y la historia de sus oposiciones a la notaría (1966-69). La dediqué a nuestro personaje:

A mi admirado don Agustín Millares Carlo. en homenaje a la memoria de su padre.

El propio don Agustín, comentando sus recuerdos de la notaría, decía que en las vacaciones de verano. cuando venía a Las Palmas, echaba una mano en el despacho de su padre; por ejemplo, cotejando los protestos de letras de cambio; cosa que realizaba con el Oficial Fernando Alfonso y Martínez, tan querido por toda la familia y muy estimado por Rafael Romero, Alonso Quesada, que lo llamaba cariñosamente “el amigo zapatilla”, por ser de lo más cómodo.

Al oficial se le resistían las letras redactadas en idiomas extranjeros (por ejemplo, aquella *change* pronunciada literalmente); pero, con sorpresa de don Agustín, dominaba perfectamente el italiano, que leía de corrido y cantarínamente. Al elogiarlo Fernando le respondía muy satisfecho:

—Agustinito, es que mi mamá era Plo ...

En 1971 inauguramos la sede reconstruida de la Casa Colegio Notarial de Las Palmas en la calle de J. de León y Joven —antes y ahora de Los Balcones—. Como Decano entonces de la Corporación, invité a don Agustín para que pronunciara una conferencia en el salón de Actos. Aceptó de inmediato y fijamos la fecha para el 23 de septiembre; la tituló *Escritura y Notariado*. Recuerdo que en la mesa presidencial me acompañaban Francisco Hernández González, Decano del Colegio de Abogados y contraparte —como él gustaba decir— de don Agustín; y Diego Cambreleng Mesa, Director de la Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas. Conservo, entre las fotos del acto, la que sacamos ante los protocolos de Millares Cubas, en la que con el conferenciante estábamos Alfonso Armas Ayala, Manuel Hernández Suárez y yo mismo. Pronuncié unas palabras de salutación y gratitud.

Fue la charla de don Agustín una lección magistral, ilustrada con diapositivas, sobre las distintas clases de letras empleadas por los Escribanos de varias épocas. Y, pese a lo árido del tema, llena de aquella gracia incomparable que poseía.

Quería yo publicarle —y también la *Revista de Derecho Notarial* de Madrid— sobre la grabación efectuada, que envié a don Agustín, quien proyectaba ponerle unas notas complementarias e iluminarla con algunas láminas. Pero no hubo manera: él dejaba pasar el tiempo sin componerlas ni retocar el texto grabado. Cuando tiempo adelante le insistí para que lo hiciera, me contestaría ditsculpándose:

—No es precisamente la Segunda Parte del Quijote ...

Por esos años de 1970 a 1975 iba yo con frecuencia a Las Palmas, por razón del cargo que desempeñé durante ese sexenio. Y así pude encontrarme con don Agustín varias veces. Dos anécdotas referiré, como muestra de su buen humor.

—Una noche coincidimos en el teatro Pérez Galdós, donde daban una ópera. Con gran sorpresa mía, desde el patio de butacas divisé a don Agustín en delantera de paraíso. Al día siguiente fui al Museo y le manifesté mi extrañeza. Me contestó:

—Si, yo estaba, como Júpiter, en las alturas, allá donde se genera el rayo...

Pero me confesó, también, que se había pasado la función aferrado a la barandilla, ¡porque padecía de vértigo!

—Otra mañana, también en El Museo, volví a verle. Y en medio de la conversación sobre libros recientes, me preguntó con cierta sorna:

—Oiga, Guimerá, ¿usted sabe qué es eso de la canariedad? Porque, yo. . .

Creo que le contesté, adivinando por donde venía la broma:

—Pues no, don Agustín, yo tampoco lo sé. Habremos de preguntarle a Juanito ...

En la Academia de la Historia, don Agustín había sido reintegrado a la Casa en 1966, en la Medalla nº 21, que había pertenecido a Melchor Fernández Almagro. Desde 1972 era el Decano de la Academia, hasta que en diciembre de 1975 fue relevado por su gran amigo don Claudio Sánchez Albornoz. El reencuentro personal tuvo lugar en la sesión académica de 28 de mayo de 1976. Después de treinta y ocho años sin haberse visto, la cosa fue emotiva ... y divertida. Pues ambos a dúo se dedicaron a recordar sus aventuras juveniles por el Madrid de su época, amigos como eran los dos del *mujerío*. Me diría don Agustín:

—Fue una especie de Tenorio de vía estrecha ...”

Mis últimos contactos con don Agustín fueron los dimanantes del “Plan Cultural” que patrocinaba la Mancomunidad Provincial Interinsular de Las Palmas; en el que trató de llevar a la práctica felices iniciativas. La lista de publicaciones habla por sí sola. Entre las recensiones programadas, colaboré con mi reseña de las *Memorias* de Nicolás Estévez, recientemente reeditada

por Giner, Madrid, que se publicaría en la revista de El Museo Canario, 1975-1976.

En 1978 el “Plan Cultural” editó mi libro *Antonio Saviñón, constitucionista (1768-1814)*. Y a iniciativa, entre otros de Manuel Hernández, colaborador también en este caso de don Agustín, decidieron presentarlo públicamente. El acto tuvo lugar en El Museo la tarde del 28 de abril, bajo la presidencia de José Miguel Alzola. Hablaron Juan Rodríguez Doreste y el propio don Agustín.

Aquél, con buen humor, no dejó de aludir a la relación amistosa del “rojo desteñido” con el “católico a machamartillo”, a lo largo de treinta años. Don Agustín no dejó de aludir, también, a nuestra ya entonces vieja amistad y elogió a Saviñón como gran traductor, faceta que yo contemplaba en el libro.

Pero se le notaba incómodo. El acto se había retrasado de hora y él estaba padeciendo —según nos dijo— de una feroz artrosis. Llegó en su amabilidad a excusarse conmigo de no haber podido decir más, por causa de “los años y los achaques”. Esa noche no hubo cena y charla, como tantas otras veces.

Y no volví e verle. No tuve noticia de su gravísima enfermedad hasta la misma mañana del día en que habría de morir, en la casa de la Plaza de San Bernardo, propiedad de familiares suyos; tan cerca de aquella otra donde había venido al mundo ochenta y siete años antes. “Todos somos dolientes en este traspaso”, me comentaría por escrito Enrique Marco, ya sin voz, en Santa Cruz; quien pronto, ese mismo año 80, moriría en Sevilla.

Allá van, pues, estos recuerdos, mínimos brotes de la gran personalidad de aquel hombre sabio y bienhumorado que fue don Agustín Millares Carlo.

“San José”, El Sauzal, Tenerife, verano de 1999.